

¿Qué Universidad? ¿Para qué humanidad?

Verónica Figueroa Clerici

Agradezco al Gran Canciller de esta Universidad, Monseñor Sergio Pérez de Arce, al Vice Gran Canciller, Monseñor Bernardo Álvarez Tapia, al señor Rector Dr. Cristhian Mellado Cid, señora Pro Rectora Dra. Ana Narváez, señores Vicerrectores, Directivos, al Director de Identidad Alex Muñoz por la invitación, y a todos los que están aquí esta mañana. Es un honor compartir con ustedes, en el marco de la cátedra Mons. Antonio Moreno Casamitjana, este espacio de reflexión sobre la identidad institucional.

1. Introducción

Intentaré hacer un ejercicio teológico en diálogo, para reinterpretar la misión de las universidades católicas, atendiendo a las *Res Novae*, las cosas nuevas que acontecen en nuestra historia. Ya en la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, Carta Magna de las universidades católicas, Juan Pablo II advertía la necesidad de una *constante renovación* institucional, tanto por el hecho de ser universidad, como por el hecho de ser católica¹. Y ciertamente la aceleración de los cambios contemporáneos nos interpela para reflexionar, discutir y discernir qué es necesario renovar y también qué es necesario sostener, para que la novedad no arrase con la identidad.

¿Cuál es el rol de la universidad en un contexto de disrupción tecnológica exponencial? ¿qué justifica hoy la existencia de la universidad cuando el conocimiento deja de ser el principal factor diferenciador, porque toda la información está disponible en la web? ¿Qué futuro le aguarda cuando muchas empresas tecnológicas tienen sus propias estructuras formativas, que funcionan como centros estratégicos de capacitación avanzada? ¿Podremos mantenernos en pie en una sociedad eficientista sin convertirnos en universidades corporativas adoptando sus mismos criterios?

Abordaremos entonces, sí, una vez más, algunas cuestiones relativas a la tecnología. Digo: “una vez más” porque seguramente ustedes ya lo hicieron en diversos espacios y corremos el riesgo de saturarnos. Como dijo el analista norteamericano Tim Wu en una entrevista que le realizaron en una visita en Buenos Aires: “La llegada de internet fue una gran fiesta. Ahora, estamos en el momento de la resaca”². Pero del otro lado, hay quienes afirman que la revolución tecnológica aún está en una etapa germinal. El manifiesto Tecno-

¹ Juan Pablo II (1990) Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, sobre las Universidades Católicas, 7.

² T. Wu (2019) en: https://www.clarin.com/opinion/tim-wu-llegada-internet-gran-fiesta-ahora-momento-resaca_0JKtKn2FUE.html

optimista de Marc Andreessen dice que “lo mejor está por venir, y la tecnología liderará la marcha”³.

Es necesario seguir generando espacios como éste para la reflexión. Porque el mayor desafío de la IA no es técnico, sino civilizatorio. Se habla de nuestro presente, y también de nuestro futuro. El Papa León XIV, en su reciente Encíclica *Magnifica Humanitas* nos dice, refiriéndose a la IA, que “debe entenderse, no como un apéndice temático, o como una emergencia que hay que gestionar, sino como una transformación que interpela desde dentro las categorías de la DSI (y la misión universitaria, podríamos aquí también decir) y exige un mayor desarrollo de la misma, en fidelidad al Evangelio”⁴.

Por otra parte, continúa el Pontífice, en esta fase de transición o “cambio de época”, “mientras algunos se disputan el futuro de nuevas tecnologías, y otros (como la Universidad) se dedican a reflexionar sobre ellas, la mayoría de las personas permanece a la espera (y a veces consumidora ingenua, diría yo), observa desde lejos y simplemente aguarda a que todo salga bien”⁵.

Es responsabilidad de la universidad, en virtud de su propia identidad, vincular el conocimiento con la sociedad y ofrecerle criterios de discernimiento sobre la innovación tecnológica. En cuanto católica, se espera la elaboración de un pensamiento integral porque cuando hablamos de tecnología, dijimos, no sólo hablamos de IA, sino del propio ser humano. “Es necesario -afirma el Papa León XIV en su Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*- comprender cada vez mejor cómo se entiende al ser humano hoy en día, a fin de desarrollar y profundizar su enseñanza”⁶.

1. Un entorno fragmentado

En el ámbito educativo hemos comenzado por abordar el uso de la inteligencia artificial planteando orientaciones, por ejemplo: no se puede plagiar (en realidad antes tampoco se podía, aunque ahora es más fácil y rápido), sí se puede consultar información o bibliografía: en una sola pantalla tenemos a disposición un volumen mucho mayor.

Pero hoy somos más conscientes de la necesidad, no sólo de elaborar marcos regulatorios u orientativos de su uso, sino también de formar en los *sesgos* de estas herramientas, que condicionan su uso.

³ M. Andreessen (2023) en: <https://a16z.com/the-techno-optimist-manifesto/> En lugar de citas y notas al final, hizo un elenco de “Santos Patronos del tecnooptimismo” recomendando leer sus trabajos.

⁴ León XIV (2026) Encíclica *Magnifica Humanitas*, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial, 17.

⁵ Encíclica *Magnifica Humanitas*, 6.

⁶ León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 3.1.

Vivimos en un entorno educativo complejo. Nuestros jóvenes han quedado en manos de *pushers*. Las redes sociales y los videojuegos operan bajo la premisa de "la primera dosis es gratis". Te permiten registrarte, usar la plataforma sin costo para generar el hábito. Y una vez que tu cerebro se acostumbra a los estímulos de dopamina (likes, retweets, notificaciones), el "*pusher* digital" empieza a cobrarte, ya sea con tu tiempo, tus datos personales o mediante microtransacciones. Los teléfonos utilizan mensajes que la aplicación "empuja" hacia tu pantalla sin que los busques. Así interrumpen tu vida cotidiana para recordarte que el contenido está disponible y listo para ser consumido.

Las redes sociales (que también usamos las instituciones educativas para socializar nuestra información) sirven como una potente infraestructura digital para disolver barreras geográficas, democratizar el acceso al conocimiento y conectar comunidades con intereses comunes. Sin embargo, también encapsulan al usuario a través de algoritmos en una realidad "a medida", advierten un patrón de conducta y pueden predecir qué publicidad asegurará un nuevo consumo.

Hace más de 20 años se grabó el documental *El dilema de las redes sociales*, que recoge testimonios de personas que trabajaron en empresas desarrolladoras de estas redes. Entre otros, el propio creador del botón "Like" en FB, advierte que pasó de ser una herramienta de interacciones positivas entre amigos, a un diseño psicológico adictivo. Como el usuario no sabe cuándo recibirá un "Like" o cuántos obtendrá, se ve impulsado a revisar constantemente el teléfono y actualizar el perfil. Esto genera una adicción conductual diseñada a nivel de código para mantener la atención en la pantalla. Al condicionar la autoestima a los "Likes", se genera una vulnerabilidad psicológica que, según señalan, ha provocado un aumento masivo de ansiedad y depresión. Si bien estas problemáticas son complejas y multicausales (sería simplista atribuir las solo a las plataformas, pues existían mucho antes de internet) sí puede acelerar procesos.

Me atrevería a decir que el 99 % de nuestros alumnos (por dejar un margen) utiliza redes sociales. ¿Cuántos de ellos logran autorregular su uso? ¿A cuántos les incide en sus capacidades de aprendizaje? Y yendo más a fondo, cuántos padecen ansiedad o están deprimidos?, ¿A cuántos les provoca una crisis de sentido? Juan Luis Suárez, en su libro *La condición digital* señala que esta arquitectura digital tiene como recurso para la consecución de sus objetivos financieros la "explotación del yo"⁷.

⁷ J.L. Suárez (2023), *La condición digital*, Trotta, Madrid, 75.

2. Una herramienta sesgada

“No podemos considerar a la IA como moralmente neutra -dice León XIV en *Magnifica Humanitas*-. En realidad, todo artefacto técnico lleva consigo decisiones y prioridades: lo que mide, lo que ignora, lo que optimiza y el modo en que clasifica personas y situaciones. Si un sistema se concibe o emplea tratando algunas vidas como menos dignas, o las excluye sin posibilidad de apelación, no es un simple instrumento que “hay que usar correctamente”; introduce ya un criterio que contradice la dignidad inalienable de la persona”⁸. Recordemos el caso conocido del sistema de selección de Amazon en 2017, en el que se evidenció cómo la IA puede replicar patrones de discriminación de género al priorizar candidatos masculinos. Los sistemas de inteligencia artificial se entrenaban con datos históricos, lo que llevó a la replicación de desigualdades pasadas. Si los datos de entrenamiento priorizan candidatos masculinos para roles de liderazgo, este sesgo se incorpora en las futuras sugerencias del sistema. Otro tipo de sesgo, relacionado con la subrepresentación en los datos, afecta a minorías raciales y a mujeres, quienes tienen menor probabilidad de ser seleccionados por la falta de información en el sistema. Es decir, si en la historia la mayoría (o la totalidad) de los líderes de las empresas eran masculinos, el algoritmo desestimará de por sí los curriculums de mujeres que no llegarán siquiera a manos humanas.

Estas preocupaciones reflejan la necesidad de un enfoque más estratégico y cuidadoso en el diseño y la implementación de sistemas de IA. Sin un control adecuado, las empresas corren el riesgo de perpetuar desigualdades y tomar decisiones poco éticas.

Diez años más tarde tenemos otro problema. El avance de la inteligencia artificial generativa ha entrado en un ciclo crítico: a medida que internet se inunda de textos sintéticos producidos por las mismas máquinas, los nuevos modelos sufren de degradación y constantes "alucinaciones" al entrenarse con su propio contenido. Para romper este bucle y obtener datos puros, las empresas tecnológicas han comenzado a comprar libros físicos en masa -especialmente obras editadas antes de la era de la IA- con el fin de someterlos a un proceso de escaneo. Para agilizar la digitalización, cortaron con guillotinas sus lomos, y luego de escanearlos, los trituraron y desecharon, sacrificando el patrimonio impreso original para poder alimentar a la IA. Digitalizar libros significa, en este caso, extraer, no necesariamente preservar. Y el problema no termina en los libros destruidos. Continúa en las decisiones invisibles: ¿Qué obras fueron seleccionadas? ¿Qué idiomas dominaron la selección? ¿Qué culturas quedaron sub-representadas? ¿Cómo se fragmentaron los textos? ¿Qué jerarquías aprendió el modelo? ¿Quién puede auditar el proceso? ¿Quién se beneficia

⁸ Encíclica *Magnifica Humanitas*, 104.

económicamente?, etc. Una empresa no necesita censurar, basta con que controle la infraestructura de la información a la que se puede acceder.

El Papa León XIV señala en *Magnifica Humanitas*: “el desarrollo humano integral es el horizonte en el cual se han de leer las transformaciones de nuestro tiempo, incluidas las de la revolución digital. Las innovaciones tecnológicas no son neutrales; pueden aumentar la participación y la justicia, o ampliar las desigualdades, el control y la exclusión. Por eso, han de ser examinadas con una pregunta decisiva: ¿contribuyen realmente a hacer crecer a las personas y a los pueblos en humanidad y fraternidad, en el respeto a la Casa común y a las generaciones futuras?”⁹.

3. Epistemología digital

El problema de esta nueva “condición digital” que afecta a nuestros alumnos, y a nosotros mismos, no solo es importante porque debamos atender ciertas tecnopatías psíquicas, afectivas o relacionales, sino también porque tal condición deriva en una *epistemología digital* que nos hace abrirnos al mundo de una manera distinta, la apertura al conocimiento de lo real se modifica. Las redes, los algoritmos y la inteligencia artificial redefinen la verdad, la autoridad de las fuentes y el acceso al saber. Nuestra percepción del mundo está filtrada por códigos, motores de búsqueda e inteligencias artificiales. Estos sistemas deciden qué información es visible, incorporando nuevos criterios de relevancia y sesgos que alteran la verdad a la que accedemos.

Julián Marías diría que no es lo mismo un reloj analógico que uno digital¹⁰. Ambos nos dan la hora, pero pueden revelar distintas maneras de experimentar el tiempo, aunque haya una forma aparentemente neutral de medirlo. El reloj de agujas muestra el tiempo como un movimiento. Al mirar las agujas, podemos percibir que vienen de un lugar y se dirigen hacia otro; representa de alguna manera el pasado, el presente y el futuro. El reloj digital, en cambio, presenta una cifra. Nos da el dato exacto del presente, pero hace menos visible el tiempo como continuidad o transcurso. Sin embargo, el tiempo humano no es simplemente una sucesión de números. Nosotros vivimos el tiempo como biografía: somos aquello que transcurre, tenemos un pasado que recordamos, un presente que vivimos y experimentamos y un futuro que anticipamos o proyectamos.

En el paradigma tecnocientífico contemporáneo, el conocimiento tiende a valorarse por su eficacia operativa antes que por su capacidad para acceder al sentido de las cosas, mientras que la verdad corre el riesgo de identificarse con aquello que resulta funcionalmente

⁹ Encíclica *Magnifica Humanitas*, 85.

¹⁰ Cfr. Marías, J. (1980). Relojes "digitales". En Obras: Vol. 10. Antropología metafísica / Ensayos. Alianza, Madrid.

verificable, predecible o técnicamente realizable. La racionalidad aparece crecientemente asociada a la capacidad de transformar la realidad mediante procedimientos técnicos. Sin desconocer la fecundidad de este paradigma en el ámbito de las ciencias experimentales y aplicadas, sería oportuno preguntarse si sus criterios de validación pueden extenderse legítimamente a la totalidad de la experiencia humana sin producir reducciones antropológicas o epistemológicas. Toda sociedad establece mecanismos que determinan qué discursos son considerados verdaderos, quienes están autorizados a enunciarlos y bajo qué condiciones.

Entonces, el análisis sobre los avances tecnológicos no puede reducirse a su evaluación ética ni a la discusión sobre la legitimidad de sus aplicaciones futuras. Toda concepción del ser humano presupone una determinada comprensión de la realidad y del conocimiento; del mismo modo, toda propuesta de transformación radical de la condición humana supone, explícita o implícitamente, una determinada idea de verdad, de progreso, e incluso de plenitud. Cuestiones tradicionalmente vinculadas con la filosofía o la religión - como el sentido del sufrimiento, la finitud, la identidad personal, la conciencia o la aspiración a una vida plena- son reinterpretadas desde un horizonte imanentista, en el cual la innovación tecnológica aparece como respuesta suficiente a interrogantes que históricamente habían sido planteados en un registro metafísico o teológico.

Por eso, quizá la pregunta más importante que una universidad puede hacer hoy a la tecnología no sea solamente “¿qué podemos hacer con ella?”, sino “¿qué idea de realidad y de ser humano hace posible que consideremos deseable aquello que podemos hacer?”.

4. Un lenguaje salvífico

Esta transformación epistemológica, que atañe particularmente a la universidad en cuanto a la búsqueda de la verdad y el acceso al conocimiento, encuentra una expresión significativa en el plano del lenguaje. Pongamos algunos ejemplos:

Peter Thiel, el empresario cofundador con Elon Musk de PayPal y Fundador de Palantir, una figura clave en Silicon Valley, afirma esto en el prefacio de su libro *De cero a uno*: “Los humanos nos distinguimos de otras especies por nuestra singular capacidad de hacer milagros. Llamamos a estos *milagros: tecnología*” ¹¹. Ray Kurzweil, experto en sistemas de inteligencia artificial, uno de los promotores del movimiento transhumanista e impulsor de la Universidad de la Singularidad de Silicon Valley, tiene un libro titulado: “La

¹¹ P. Thiel (2015), *De cero a uno. Consejos para startups o cómo inventar el futuro*, Centro Libros PAPF, Barcelona.

era de las *máquinas espirituales*”¹². En 2009 se realizó un documental sobre su vida que se llama: *El hombre trascendente*. La noción de *alma* ha sido utilizada para nombrar un archivo de configuración, utilizado para definir la personalidad, valores y comportamiento de un agente de inteligencia artificial, que se llama *soul.md*¹³. Hace una década los filósofos y teólogos se preguntaban por la caducidad de la categoría “alma” en diálogo con las neurociencias, y hoy los tecnólogos nos sorprenden usando ese término para designar archivos de inteligencia artificial.

Pongo estos ejemplos porque nos atañen especialmente. No solo por ser universidad, sino por ser católica. La resemantización de términos teológicos en el discurso tecnológico no sólo indica una apropiación, sino también una transformación del horizonte de comprensión en el cual esos términos adquieren sentido. Podría hablarse incluso de una forma de “captura semántica”, en la medida en que estos conceptos son vaciados de su referencia trascendente y reconfigurados en clave inmanente. Pero esta captura no es total ni unívoca. El hecho mismo de que los tecnólogos recurran a este léxico sugiere que las categorías teológicas conservan una potencia simbólica y conceptual que no ha sido plenamente sustituida. En todo caso, puede invitar también a la teología a realizar una autocrítica. En particular, la obliga a preguntarse si ha sabido expresar de manera inteligible, en el contexto contemporáneo, aquello que afirma acerca del ser humano y su destino.

Señalo sólo algunos aspectos lingüísticos, pero podríamos analizar largamente las implicancias políticas, económicas, ecológicas y bélicas que hay detrás de la propuesta tecnocrática. La resemantización no se limita al léxico. En algunos casos alcanza marcos teológicos completos. El caso más extremo quizás sea el de Peter Thiel, cuyo pensamiento tecnolibertario se sustenta en una lectura teológico-política de la teoría mimética de René Girard, de quien fue alumno en Standford. Sostiene que el deseo humano no es autónomo, sino que se construye imitando al prójimo, lo que genera rivalidades y violencia colectiva inevitables. Históricamente, las sociedades contenían esta destructividad mediante el mecanismo del chivo expiatorio, sacrificando a una víctima inocente. Sin embargo, cuando el cristianismo defiende la inocencia de la víctima, desmantela ese freno social y dejando a la humanidad vulnerable a una escalada de violencia global y a un escenario de catástrofe escatológica.

¹² R. Kurzweil (1999), *La era de las máquinas espirituales. Cuando las computadoras superen la mente humana*, Planeta, Argentina.

¹³ Cfr: <https://soul.md/>. Si bien los modelos de lenguaje no desarrollan conciencia ni moralidad propia, sino que aprenden a generar respuestas que respeten ciertas normas y patrones, sin embargo, se suele caer en múltiples antropomorfismos (o incluso teomorfismos) a la hora de narrar los intentos de configurar cierta “personalidad” de la IA. Así es como se leyó el entrenamiento de Claude que lleva adelante la filósofa Amanda Askell, contratada por Anthropic para “construir la personalidad” del chatbot y “dotarlo de moralidad, algo así como un alma digital” (cfr. <https://www.lavanguardia.com/economia/20260228/11476498/educacion-sentimental-ia.html>, consultado el 2/4/2026).

Para contener ese riesgo apocalíptico, la modernidad habría desarrollado estructuras de gobernanza global que Thiel identifica con la figura teológica del Anticristo, porque se trataría de un sistema burocrático que ofrece una falsa promesa de paz y seguridad a cambio de suprimir las libertades individuales y el desarrollo científico. Cualquier regulación es, en el fondo, un riesgo de violencia. Su postura es, entonces, tecnolibertaria: el avance tecnológico radical, impulsado por élites fuera del control estatal, sería el único mecanismo capaz de evitar el colapso civilizatorio. Las democracias han fallado, el modelo de mercado competitivo genera violencia, los monopolios tecnológicos serían la salvación. No se trata de una persona delirante sin ninguna formación. No es un improvisado. Mas bien un estratega con mucho poder y dinero. Es así que detrás del lenguaje salvífico de la tecnología hay también proyectos políticos muy concretos, y que los desafíos que enfrenta la universidad al atender la realidad son muchos y de una complejidad que excede lo meramente técnico.

5. El ejercicio del discernimiento y la integración del saber

¿Qué hacemos con todo esto? Sugiero que necesitamos un método de análisis que permita un ejercicio conjunto de discernimiento. Las áreas disciplinares específicas tendrán mucho más que aportar que un teólogo sobre los problemas concretos: las ciencias de la salud sobre la adicción digital, la informática y el derecho sobre los sesgos algorítmicos y su regulación, las ciencias políticas y la economía sobre la gobernanza tecnológica. Pero ninguna disciplina, sola, puede responder a la pregunta que subyace a todas esas cuestiones: qué imagen de ser humano estamos dispuestos a asumir y qué futuro queremos construir para él.

Como señalaba aquí Mons. Tolentino en la Clase Inaugural de este año, el desafío es colocar a las personas y a las disciplinas en escucha mutua, de modo que se complementen: "los diversos departamentos en una universidad no son repúblicas independientes, sino tejedores de un diálogo científico que, respetando la metodología y la especificidad de cada disciplina, conformen una verdadera sociedad del conocimiento"¹⁴.

Para pensar ese método de manera más precisa, puede resultar iluminador recuperar la propuesta del filósofo y teólogo canadiense Bernard Lonergan. Existe el riesgo de pasar demasiado rápido de la experiencia al juicio. Entre recoger los datos y emitir una valoración hay un paso intermedio que exige su propio tiempo, el del *entendimiento*. Sin pretender desarrollar aquí la filosofía completa de Lonergan, la distinción central que nos interesa es esta: para él, el conocimiento no es un registro pasivo de la realidad sino una estructura dinámica conformada por cuatro operaciones cognitivas que deben transitarse de forma sucesiva e integrada. La primera es la *experiencia*: atender a los datos, ver, oír, captar lo que ocurre, sin emitir aún ningún juicio. La segunda es el *entendimiento*: preguntarse "¿qué es

¹⁴ J. Tolentino de Mendonça (2026) "La vocación de la Universidad Católica en una cultura de cambio" en: *La verdad que da sentido. Visita a la Universidad Católica de la Santísima Concepción*.

esto?", "¿por qué ocurre?", trabajar sobre los datos hasta formular una comprensión, una hipótesis, una relación que los explique. La tercera es el *juicio*: preguntarse "¿es esto realmente así?", sopesar la evidencia, verificar si la comprensión alcanzada corresponde efectivamente a la realidad. Y la cuarta es la *decisión*: preguntarse "¿qué debo hacer con este conocimiento?", deliberar sobre su valor y asumir responsablemente sus consecuencias en la acción. Cada nivel presupone el anterior y no puede sustituirlo. Quien juzga sin haber entendido no juzga la realidad sino sus propios supuestos previos. Quien actúa sin haber juzgado puede hacerlo con buena voluntad y aun así equivocarse profundamente.

Lo que esto implica para el diálogo interdisciplinario en la universidad es más concreto de lo que parece. Con frecuencia, las disciplinas se encuentran a dialogar llevando consigo juicios ya elaborados: cada especialista llega con su marco interpretativo formado, sus categorías propias, sus conclusiones disciplinares. El encuentro se convierte entonces en una negociación entre perspectivas que no se modifican verdaderamente entre sí, una coexistencia más o menos cortés que difícilmente produce comprensión nueva. La propuesta de Lonergan sugiere que el momento más fecundo del diálogo interdisciplinario no es el del juicio sino el del entendimiento: cuando las distintas disciplinas se sientan juntas no a comparar conclusiones, sino a mirar el mismo fenómeno, a hacerse preguntas sobre él, a dejarse sorprender por lo que aún no comprenden. Desde ese nivel compartido de interrogación -anterior a los marcos que cada disciplina aporta- es posible construir una comprensión que ninguna hubiera alcanzado por su cuenta. Frente a los desafíos que plantea la inteligencia artificial, este método no es un lujo académico: es la condición para que la integración de saberes sea algo más que un intercambio decorativo entre especialistas que se escuchan sin escucharse.

La creciente especialización ha permitido un desarrollo extraordinario del saber, pero también ha favorecido una fragmentación en la que cada disciplina tiende a concentrarse en su propio objeto formal. La viabilidad técnica de una innovación no responde por sí sola a los interrogantes sobre su legitimidad, su impacto sobre la comprensión del ser humano o su contribución al bien común. Del mismo modo, la reflexión filosófica o teológica no puede prescindir del conocimiento científico si pretende dialogar seriamente con las transformaciones contemporáneas. La integración de saberes no es una mera yuxtaposición de especialistas; es un ejercicio permanente de apertura intelectual en el que cada ciencia reconoce tanto el valor como los límites de su propio método.

En una universidad católica, la teología ocupa un lugar específico en esa mesa. Como señalaba Juan Pablo II en *Ex Corde Ecclesiae*: "La teología presta una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no solo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la

interacción con estas otras disciplinas enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy"¹⁵.

Esto implica que el diálogo interdisciplinario no debería limitarse a la evaluación final de una tecnología ya desarrollada, sino incorporarse desde el momento en que se formulan los problemas y se definen los objetivos. La universidad católica está llamada a generar las condiciones intelectuales para que estas cuestiones puedan ser pensadas en toda su complejidad.

6. Habitar la incertidumbre

Todo este ejercicio de integración presupone, sin embargo, una disposición previa, quizás la más difícil: la capacidad de habitar la incertidumbre sin paralizarse ante ella. La cuestión es particularmente significativa ante un futuro que todavía no conocemos. La idea de que este está determinado, que el tren pasa y, si no nos subimos, quedamos fuera del sistema, desapareceremos, nos volveremos irrelevantes o perderemos nuestro trabajo, puede ser falsa. En su libro *Profecía* Carissa Veliz sostiene que la obsesión humana por anticipar el futuro -desde los oráculos griegos hasta los algoritmos de la inteligencia artificial- se sustenta en la falsa promesa de eliminar la incertidumbre. Analiza de forma transversal cómo los "profetas" de cada época (sacerdotes, adivinos o ingenieros de Silicon Valley) fallan sistemáticamente porque presentan con retórica mesiánica cálculos probabilísticos ignorando la complejidad del mundo. Las predicciones tecnológicas no son descripciones neutrales del mañana, sino intentos de ejercer poder y moldear conductas en el presente. A menudo persiguen agendas económicas que buscan forzar a la sociedad hacia ese destino. Según la autora: «la promesa de la predicción no es conocer el futuro, sino controlar a los demás». La alternativa fundamental es abrazar la incertidumbre como un espacio de libertad, rechazando la vigilancia masiva y los perfiles algorítmicos que encasillan el comportamiento. Tenemos derecho a un futuro abierto. Tenemos derecho a ser impredecibles.

Nosotros mismos somos capaces de cartografiar los mundos digitales y diseñar nuevos mapas, dibujar sus límites y preservar los espacios de humanización y dignidad que sí habíamos aprendido a hacer, con todas sus imperfecciones, en la vida analógica. Juan Luis Suárez, en su libro *La condición digital*, afirma que en estos momentos, "habitar el límite en el que la condición humana se dirime entre presiones digitales y analógicas, es la forma más humana de vivir"¹⁶.

Habitar la incertidumbre no es resignarse a la ignorancia ni renunciar a la planificación. Es reconocer que el futuro es algo por descubrir y, a la vez, un territorio que se construye con

¹⁵ *Ex Corde Ecclesiae*, 19.

¹⁶ Suárez, *La condición digital*, 217.

las decisiones del presente. En un entorno donde los algoritmos prometen certeza y los mercados recompensan la velocidad, la capacidad de detenerse, dudar y preguntar de nuevo es, paradójicamente, una de las competencias más estratégicas que puede cultivar una universidad. Y también, desde la perspectiva católica, una de las más profundamente humanas: la que reconoce que no somos los autores últimos del sentido.

7. Conclusión

Como ha señalado recientemente León XIV en *Magnifica Humanitas*, las imágenes bíblicas poseen una singular capacidad para iluminar los desafíos culturales del presente. La contraposición entre Babel y la reconstrucción de Jerusalén ofrece una clave hermenéutica particularmente fecunda para pensar el desarrollo tecnológico contemporáneo. Mientras Babel representa la pretensión de una humanidad que busca realizar su proyecto prescindiendo de Dios y termina experimentando la incomunicación, Jerusalén simboliza la posibilidad de reconstruir la convivencia humana desde una renovada apertura al bien común y a la trascendencia.

La imagen de Babel, tal como la lee León XIV, no describe una catástrofe sobrevenida desde fuera, sino una lógica interna que la humanidad activa cuando construye prescindiendo de Dios. Lo que caracteriza a Babel no es la ambición de construir en sí misma, sino la clase de unidad que elige como fundamento: una sola lengua, una sola tecnología, una sola dirección. El Papa señala que en Babel "la comunicación se rompe" precisamente cuando parecía más perfecta: todos hablan la misma lengua, y sin embargo ya no se comprenden. Esta paradoja resuena con fuerza en nuestro presente. Nunca habíamos estado tan conectados, nunca habíamos tenido acceso a tanta información, nunca había sido técnicamente posible comunicarse con tanta velocidad y alcance. Y sin embargo, el diagnóstico de fragmentación, incomunicación y soledad que acompaña a nuestra época sugiere que algo en esa lógica no funciona. El riesgo del "síndrome de Babel"¹⁷, como lo llama el Pontífice, es que la absolutización de lo técnico -la pretensión de que un lenguaje único, también digital, puede traducirlo todo, incluso el misterio de la persona- no produce comunión sino dispersión.

La imagen de Nehemías ofrece una alternativa que no es la del repliegue nostálgico, sino la de la reconstrucción responsable. Lo que llama la atención en el relato no es la grandiosidad del proyecto sino su método: antes de actuar, Nehemías ayuna y ora; antes de convocar, examina en silencio los muros destruidos; antes de imponer soluciones, escucha los temores. Cuando finalmente convoca al pueblo, no centraliza la obra sino que distribuye la responsabilidad: confía a cada familia un tramo de muralla. Sacerdotes, artesanos, jefes de clan, mujeres y jóvenes, cada uno con su propio lenguaje, sus propias capacidades, su propio tramo de muro. Lo que emerge no es la uniformidad de Babel sino algo más complejo y más

¹⁷ *Magnifica Humanitas*, 10.

fértil: una comunión que nace de la diferencia asumida y orientada hacia un bien que ninguno puede alcanzar solo. León XIV lo formula con precisión: Jerusalén recupera "un lenguaje común, no el de la uniformidad, sino el de la comunión"¹⁸. No se borra la diferencia; se la convierte en recurso.

Esta contraposición ilumina directamente la misión universitaria. También la universidad puede construir en clave de Babel: apostando por una sola racionalidad, la técnica; por un solo criterio de verdad, la eficiencia; por un solo lenguaje del conocimiento, el de la productividad medible. O puede elegir el camino de Nehemías: reconocer la vulnerabilidad del momento, distribuir la responsabilidad entre las distintas disciplinas, escuchar antes de resolver, y recordar que la fuerza para reconstruir no viene solo de los recursos propios sino de una apertura que los trasciende. En ese sentido, como señala el Papa, "la primera elección no es entre un sí o un no a la tecnología, sino entre construir Babel o reconstruir Jerusalén"¹⁹. Para una universidad católica, esa elección no es solo estratégica; es constitutiva de su identidad.

En continuidad con estas representaciones tan potentes, podría añadirse una tercera imagen bíblica que, sin sustituir las anteriores, permite proyectarlas hacia el horizonte propio de la misión universitaria: el acontecimiento de Pentecostés. Si en Babel la humanidad habla una misma lengua y, sin embargo, es incapaz de comprenderse, en Pentecostés la diversidad de las lenguas no desaparece, sino que se convierte paradójicamente en condición de una comunión más profunda. La unidad ya no nace de la uniformidad, sino de una verdad compartida que hace posible el encuentro sin anular la diferencia.

Esta imagen resulta significativa para pensar la integración de saberes y la propia identidad católica en la universidad. Cada disciplina conserva su propio lenguaje, la búsqueda de la unidad no exige renunciar a esa diversidad, sino orientarla hacia una comprensión más plena de la realidad. La integración de saberes no pretende construir una lengua única del conocimiento, sino favorecer un encuentro en el que las distintas racionalidades puedan reconocerse mutuamente en la búsqueda común de la verdad.

Pentecostés no resolvió los problemas del mundo. Los discípulos seguían siendo pocos, el Imperio seguía siendo el Imperio. Lo que cambió fue la inteligencia con la que interpretaban su tiempo y la valentía con que salían a habitarlo. Eso es la *metanoia*: no la certeza de tener todas las respuestas, sino un cambio de mentalidad, la conversión del horizonte desde el cual se formulan las preguntas. Quizás esa sea la contribución más propia que la universidad católica puede ofrecer hoy: no un manual de uso de la inteligencia artificial ni un catálogo de prohibiciones, sino la formación de personas capaces de preguntarse —en medio de la aceleración y el ruido— para qué y para quién. Personas que, en lugar de dejarse

¹⁸ *Magnifica Humanitas*, 8.

¹⁹ *Magnifica Humanitas*, 9.



arrastrar por la corriente, puedan detenerse a pensar si esa corriente va hacia donde merece ir. En definitiva: una universidad que forme no consumidores del futuro, sino sus responsables.